

Javier Ruescas & Andrés Quinzaños



LA ABUELA ESPÍA



Y EL SECRETO DE MALEE



Ilustrado por
Ignacio
Hernández

edebé



LA ABUELA
ESPÍA 

Y EL SECRETO DE MALEE

Javier Ruescas & Andrés Quinzanos

 **LA ABUELA
ESPÍA** 

Y EL SECRETO DE MALEE

Ilustrado por
Ignacio Hernández

edebé

© Javier Ruescas y Andrés Quinzaños, 2023

© Edición: EDEBE, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

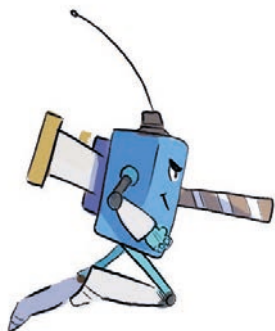
Dirección editorial: Reina Duarte
Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look
© Ilustraciones: Ignacio Hernández

1.ª edición, noviembre 2023

ISBN: 978-84-683-6236-6
Depósito legal: B. 8311-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

*A nuestras madres, Maribel y Ángela,
por enseñarnos a querer bien
y a luchar siempre por nuestros sueños.*







CAPÍTULO 1

—**¡No te saldrás con la tuya!** —exclamó la abuela Rosario con la mirada puesta en las nubes, al mismo tiempo que golpeaba a una de las estatuas para alejarla de nosotros.

Sin embargo, su amenaza no sirvió de nada: con un nuevo temblor, nuestros enemigos desaparecieron de nuestra vista a través del cielo.

—**¡Hay que ir tras ellos!** —gritó desesperada Anong.

—**¡A la de tres, seguidme!** —ordenó la abuela—. **¡Una! ¡Dos! ¡Y TRES!**

De pronto, la cachava se dividió en dos *nunchakus* y con ellos, a una velocidad increíble, empezó a atizar a todas las piedras que se le ponían por delante, abriendo un camino por el que huir.

Nosotros la seguimos como nos había pedido y al instante nos dimos cuenta de que,



precisamente por lo mucho que pesaban, la mayoría de las figuras eran considerablemente más lentas que nosotros, sobre todo cuando el suelo se embarraba.

—**¡No os quedéis atrás! ¡Vamos, vamos, vamos!**

Yo llevaba a mi mejor amiga, Benazir, sujeta de la mano mientras esquivábamos ramas y raíces que crecían entre las rocas y con las que era muy fácil tropezar; pero el problema de correr sin rumbo fijo por un bosque tan **FRONDOSO Y DESCONOCIDO** era que podías acabar, sin querer, frente a un **BARRANCO**.

—**¡Ay, mi madre!** —exclamó la abuela, abriendo sus brazos para impedir que los demás cayéramos al vacío por culpa de la inercia.

—**¡¿Pero quién ha puesto este precipicio aquí en medio?!** —se quejó Carlos, ofendidísimo.

La abuela se dio la vuelta, con los *nunchakus* en la mano, lista para defendernos, aunque no había mucho que pudiera hacer:





de nuevo estábamos rodeados por las estatuas guardianas y a nuestra espalda solo había una caída infinita.

—¿Abu...? —dije, con un hilo de voz.

—Saldremos de esta —me aseguró, pero en su voz advertí un deje de preocupación que me hizo tragar saliva.

Ya nos encontrábamos al borde del precipicio y las piedrecitas comenzaban a rodar pendiente abajo con cada paso que dábamos en dirección al vacío, cuando escuchamos...



¡Antes de que digas nada: ya lo sé!

Cof, cof, cof...




¡Ay, no sé! Yo creo que un poco por costumbre...

Pues si lo sabes, ¿por qué sigues haciéndolo?




¡Pero es que así como lo cuentas, empezando en mitad de la aventura, nadie se entera de nada!







¡Ni siquiera de
que estábamos
en TAILANDIA!



Ya..., ni de por qué nos
perseguián unas estatuas
asesinas, ni de cómo había
llegado mi amiga Benazir allí, ni...
Si tienes razón... ¡Y cuando la
tienes, la tienes!



Pues eso,
¿empezamos
de nuevo?



Veeenga, vaaale...
¡Allá vamos!

